



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



19 de julio de 1890



Núm. 142



Niños de algunos
países
poco conocidos



ESCUELA TURCOMANA



UN RATO DE CHARLA

No deja de ser curioso y de prestarse á profundas reflexiones el resultado de cierta práctica que es de uso en París al expedir á los niños que concurren á las escuelas municipales el certificado que acredita su conocimiento en las materias que forman la primera enseñanza.

Dicha práctica consiste en una especie de autobiografía (ó biografía propia) que debe escribir cada alumno, haciendo constar en ella los principales acontecimientos de su vida, el oficio de sus padres y el que tiene intención de seguir el interesado.

Y ahora viene lo significativo: de cada *cien* niños, sólo *cuarenta* manifiestan afición al oficio paterno; y de cada *cien* niñas, sólo *veintiocho* se muestran dispuestas á continuar ejerciendo la profesión de la madre.

Lo cual demuestra que no debe ser muy halagüeño lo que ven en casa.

Nótase que las niñas desean siempre adelantar un grado más, si es que hay grados, respecto al oficio de la madre: las hijas de las lavanderas desean ser costureras; las de las costureras, modistas de corte; las de éstas, institutrices; etc. Por lo que toca á las huérfanas ó expósitas, manifiestan predilección por ser hermanas de la caridad.

Estos datos estadísticos son muy elocuentes y demuestran una vez más la verdad de aquella sentencia que se lee en algunas gramáticas latinas, aunque naturalmente estará tomada de otra parte: *Ea est hominum conditio, ut nemo sua sorte sit contentus* (*Es condición humana no estar nadie contento con su suerte*); lo cual podrá ser una perogrullada, pero una perogrullada muy triste.

El niño que ve las continuas desazones de sus padres para seguir adelante, busca otro camino; mas ¿quién sabe si el término de su expedición no será, acaso, más lamentable que el de los que le dieron el ser!

¿Es mejor que los hijos sigan la profesión de los padres, ó bien vale más que echen por otro lado? El problema es arduo, y aun creo yo que de imposible solución. En todo caso, y generalizando, se ve que á los niños les hace poca gracia lo primero.

En otros siglos los oficios eran hereditarios, de hecho; pero las nuevas condiciones sociales hacen imposible que pueda seguirse esta tradi-

ción. Había dinastías de diversos artífices, y cada generación añadía nuevas perfecciones á los adelantos conseguidos.

Para volver á tal estado sería preciso un retroceso que algunos consideran, sin embargo, como un progreso grande, y aun podríamos decir que como una panacea: la resurrección de los *gremios*. Con los gremios indudablemente se aseguraría más el porvenir de muchas familias, pero en cambio se atentaría á la libertad de la industria. Además de lo cual hay que tener en cuenta la progresión casi geométrica con que se van sucediendo las familias.

Un padre, carpintero, por ejemplo, ¿va á poner á carpinteros á sus cuatro hijos? Ciertamente que no, pero no estaría mal que, á lo menos uno ó dos, continuasen en el oficio, lo cual no sucede siempre. Y lo mismo digo de un padre ingeniero, ó militar, ó médico, etc.

Con todo, hay ciertas profesiones que permitirían que todos los hijos continuasen en el ejercicio de la profesión paterna, verbigracia la de labrador; pero ni aun en este caso es hacedero, dado el estado de la propiedad rural, de cada día más lastimoso.

Y ¿qué remedio encuentran á todo esto los economistas? Pues los economistas no se andan por las ramas, y, con frases más ó menos bonitas, acaban por decir que lo que hay que hacer es que no aumente la población á fin de que no hayan tantas bocas ni tantos brazos; en otros términos, que el divisor sea pequeño á fin de que resulte mayor el cociente individual. La solución es amarga y no muy cristiana; pero, en cambio, no puede negarse que es fundada.

Si la población resultase poco menos que invariable, sería muy fácil la vinculación de un oficio en una familia; pero distando tanto de ser así como dista, se comprende que, en vista de las tribulaciones de los padres, no quieran los niños de París imitar su ejemplo y vayan en busca de lo desconocido pensando mejorar de condición.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





LA GRUTA AZUL

ASEGURÁBASE, á seis leguas á la redonda, que á nadie le era dable penetrar en ella. Por eso el vulgo, y lo que no era vulgo también, dieron en llamarla *la Cueva encantada*. Y los pastores, entre recelosos y asustados, la miraban de lejos cuando llevaban sus ganados á pa-

cer en la montaña.

Tan sólo la lucida pastora Rosanieve no participaba de los temores de sus camaradas: al contrario, cada vez sentíase animada de más vivos y vehementes deseos de franquear los umbrales de la misteriosa y en realidad desconocida gruta.

Cumplió diez y seis años, y, considerándose ya una mujer hecha y derecha, —¡Fuera miedo!—se dijo, y resolvió penetrar en la cueva.

Su curiosidad era tan grande que entró en ella con paso firme; y aunque luego comenzó á arrepentirse de haber entrado, como el camino que recorría iba cerrándosele por medio de frondoso bosque, cuyos robles brotaban á su paso, no le fué posible volver atrás. A pesar de haber andado mucho, la cueva estaba siempre alumbrada por la luz del día, columbrándose al lado opuesto una salida que parecía invitarla á seguir andando.

Aceleró su paso, y al poco rato encontróse sorprendida al ver delante de sí un país como ella nunca había imaginado.

El cielo era sonrosado, la yerba y las hojas azules, los pájaros tenían cuatro alas de la transparencia de los zafiros, y las mariposas, de extraordinaria magnitud, eran azules á su vez.

El agua saltaba de todas partes por surtidores de cristal de roca que repartían los perfumes más suaves. Los ciervos de blanca piel, cuernos de oro y ojos azules que venían á beber á estas fuentes embalsamadas, bailaban alrededor de la niña hablándole en un lenguaje desconocido, pero tan dulce y tan sonoro que Rosanieve les escuchaba con la mayor alegría, si bien es cierto que aquellos expresivos animales celebraban á porfía la hermosura de la niña.

Rosanieve caminaba de sorpresa en sorpresa: todo este país encantado le

parecía que celebraba una fiesta; y como oyera detrás de los bosquecillos de árboles concierto de voces humanas, se encaminó hacia ellos saltando y cantando como una loca.

En medio de una llanura de menuda arena de oro, y entre magníficos árboles, vió un palacio de prodigiosa hermosura.

A medida que se acercaba, percibía más claramente el ruido que tanto llamó su atención. Pero no atreviéndose á entrar por la puerta principal, se acercó á una ventana baja por la cual se exhalaba el olor á cocina más apetitoso del mundo.

Llamó tímidamente á la puerta, y un cocinero, que apareció armado de ancho delantal y de blanca gorra, le dijo bruscamente:

—¿Qué buscas aquí?

—Una salida, señor, para volver cuanto antes á mi casa.

—¡Ah! ¿Eres tú la hermosa pastora de estos valles? ¡Bien venida seas! Hoy precisamente esperaba tu visita.

En tanto hablaba de esta suerte, el cocinero afilaba su cuchillo y miraba á la joven entre sardónico y terrible.

—Entra, — le dijo, — entra; que, pues que lo deseas, voy á mostrarte el camino que debes emprender.

Rosanieve atravesó un sombrío corredor, dando, á su término, con espaciosa cocina donde un verdadero batallón de cocineros y pinches se ocupaban en preparar los platos para un suntuoso festín.

Quince cacerolas estaban provistas de exquisitos manjares, y otras quince veíanse vacías, pero junto al fuego también.

—Señor cocinero, — se atrevió á decir la pastorcilla; — ¿por qué están vacías estas cacerolas?

—Porque estaban esperando la vianda que en ellas había de condimentarse, pero la vianda está ya en mi poder. Tú eres lo que esperábamos, y en cuanto te hayamos guisado comenzará el banquete.

Rosanieve se echó á llorar amargamente y suplicó al señor cocinero que le dejara la vida.

—Sólo hay un medio de salvación, — dijo aquel antropófago. — Ahí tienes una llave de oro. Busca en todo el palacio la puerta que con ella se abre, y si la encuentras (palabra de cocinero), te prometo que buscaremos á otra personita para el *menu* que debemos servir á S. M.



Madre é hijo africanos

La pobre niña, con el alma pendiente de un hilo, dió comienzo á su penosa tarea, probando la llave en más de quinientas puertas. Habíasele concedido de término todo el día, pero el sol declinaba y el llavín no encajaba en puerta ó, por mejor decir, en cerrojo alguno.

Rosanieve temblaba como las hojas de los árboles, y en su precipitación no podía hacer convenientemente su ensayo. El cocinero mayor y cuatro pinches la acompañaban provistos de enormes cuchillos para descargar sobre ella el primer golpe si en cuanto llegaba la noche no había cumplido su misión. De ahí que con acento amenazador no se cansaron de repetir:

—Rosanieve, date prisa: el sol declina y con él va á su ocaso tu vida.

La pastorcilla había recorrido distintas veces las habitaciones grandes y chicas, sin dejar de probar la llave de oro en cuantas cerraduras descubría; pero ésta le resultaba siempre ó muy grande ó muy pequeña, por lo cual, advertido de ello el cocinero, le dijo:

—Rosanieve, el sol se oculta por completo: prepárate á morir.

La niña estaba en aquel momento ante un espejo hermosísimo, en el cual vió á su padre y á su madre sentados llorosos á la puerta de su cabaña.

—¡Pobrecitos padres míos! —exclamó la joven llorando amargamente.— ¡Quién me dijera esta mañana que ya jamás había de volveros á ver!

Al decir esto lanzóse contra el espejo, sin duda para estrechar entre sus brazos aquellos seres queridos que veía por encantamiento; pero como llevaba en la mano la llave de oro, ésta, al chocar contra el cristal, lo rompió en mil pedazos, dejando al descubierto una pequeña puerta de ébano que se ocultaba detrás del espejo y cuya cerradura venía perfectamente á la llave fatal.

La puerta se abrió.

—Nosotros te esperábamos, encantadora niña,—dijo el monarca apareciendo rodeado de brillante corte.

Entonces Rosanieve se encontró cambiado el traje rústico que vestía por un hermoso vestido de tisú adornado con piedras preciosas.

La belleza era la misma, porque las hadas, con todo su poder, no pueden enmendar ni corregir las obras de Dios.

Sin embargo, en medio de su esplendor soberano, el joven rey estaba pensativo y melancólico. Acometido de una secreta inquietud, dijo resueltamente á la pastora:

—Hermosa niña: por haber encontrado la cerradura maravillosa, puedes pedirme una gracia cualquiera. ¿Qué deseas?

—¡Ah, señor! Volvedme cuanto antes al lado de mis padres. Pero vuestra bondad me decide á pedirlos otra gracia. Esta es la libertad del que caiga bajo las manos de vuestro temible cocinero.

Apenas hubo pronunciado tan generosas palabras, una música celeste resonó en todos los ámbitos del palacio. Los semblantes siempre serviles de los cortesanos se trasformaron en aquel momento, y la más viva alegría reinó entre los convidados.

—¡Oh! ¡Mi libertadora! ¡Bien venida seas por la petición que acabas de hacerme, pues la gracia que para otro solicitas ha recaído ya sobre mí! ¡Hermosa súplica que en vano he esperado durante seiscientos años para que me libertara de mi terrible encantamiento! Tú has sido la primera que al pedirme un favor lo has hecho para otro y no en provecho tuyo. En reconocimiento á tan gran beneficio ¿qué puedo hacer por ti?

—Enviar por mis padres: los pobrecillos deben llorarme mucho.

—No puedo otorgarte esta gracia.

—Entonces permitid que me vaya y llegue sana y salva á mi hogar.

—Tampoco puedo otorgarte eso.

—Entonces, ¿qué os proponéis hacer conmigo?

—Enviaré á mi paloma azul, á mi fiel mensajera, para que notifique á tus padres que eres mi esposa, y que no hay en la tierra otra reina más amada ni más hermosa que tú.

Rosanieve vivió largos años siendo la más feliz de las esposas y la más amada de las madres. Pero en medio del lujo y esplendor de su corte, y de las bondades de su marido y de sus hijos, siempre buscaban sus ojos aquella cabaña que al otro lado del valle guardaba la mitad de su alma.

¡Ni en el país de las hadas y de los encantamientos cabe la verdadera felicidad!

BENJAMÍN





FIESTAS DE LA ANTIGUA ROMA

Las principales fiestas de la Roma antigua, según la historia, son las siguientes:

En el 9 de enero tenían lugar las *Agonales* en honor al dios *Jano*, y el día 11 del mismo mes las *Carmentales* en honor de *Carmenta*, madre de *Evandro*.

También el primer día de este mes se felicitaban las familias mutuamente el principio del año, y se cambiaban regalos.

Durante el febrero tenían lugar tres fiestas agrícolas: las *Faunales*, dedicadas al dios *Fauno*; las *Lupercales*, á *Pablo Lécio*; y las *Terminales*, al dios *Terme*.

Había también dos fiestas políticas: tenían éstas el nombre de *Quirinales*, en honor de *Rómulo*; y la *Regis Fuga*, en memoria de la expulsión de *Tarquino*.

Se celebraban también en dicho mes las *Ferales*, consagradas á los dioses *Menes*; y las denominadas *Equiria*, que eran carreras de caballos en el Campo de Marte en honor al dios de la guerra.

En marzo tenían lugar las *Matronales*, en memoria de la mediación que prestaron las damas romanas por la conclusión de la guerra entre su país y los *Sabinos* de *Tacio*; la fiesta de los *Escudos*; *Festum Auciliorum*, de Marte, que duraban tres días y eran notables por los bailes guerreros de los sacerdotes *Salios*; las *Liberales*, que eran celebradas el día 18 en honor á *Baco*; las *Quincuatria*, dedicadas á *Minerva*; y las *Hilarias*, á la madre de los dioses.

En abril se celebraba la *Magalena*, en honor á la madre de los inmortales; los juegos de *Ceres*; las *Patilias*, dedicadas á *Pales*, deesa de los pastores; la *Robigalia*, al dios *Robigo*, para suplicarle que conservara el trigo; los *Juegos Florales*, consagrados á *Flora* y á *Cloris*, patronas de las flores.

En mayo había fiestas para las *vestales* y las mujeres únicamente, lejos de la presencia de los hombres, siendo una de estas fiestas profanada por *Clidio*.



Son las niñas japonesas
muy corteses y elegantes,
amigas de farolillos,
porcelanas, ricos trajes,
flores, cuadros, estatuillas
y mil otros cachivaches.
Son las niñas japonesas
muy curiosas y amables.

También se celebraban en dicho mes las *Compitales*, en honor de la deesa *Lares*; y las *Lemurias*, consagradas á los *lemures* ó fantasmas.

También tenían lugar en el mismo mes la fiesta de los mercaderes, *festum mercatorum*, y las *Vulcanales*, en honor de *Vulcano*; las que también se conocían con el nombre de *Tubilustrales*, porque en ellas se purificaban las trompetas sagradas.

En junio se celebraba la fiesta de la deesa que presidía la vida; la de *Marte*, cual templo se levantaba fuera de la puerta *Capena*; y las *Matralias*, dedicadas á la deesa *Matuta*.

En julio tenía lugar la fiesta de *La fortuna de las mujeres*, en memoria de la retirada de *Coriolano*, que alejó su ejército de Roma á los ruegos de su madre *Veturia*; los juegos de *Apolo*; la festividad ó conmemoración del nacimiento de *Julio César*, que tenía lugar el día 12; la cabalgata de los caballeros romanos, y una fiesta en honor de *Neptuno*.

Durante el agosto había la fiesta de *Diana*; la de vendimias, *Vinalia*, en honor de *Júpiter* y de *Venus*; las *Consuales* ó fiestas de *Consus*, dios de los buenos consejos.

Durante esta fiesta, que era muy antigua, los romanos cometieron el rapto de las *Sabinas*.

En setiembre tenían lugar grandes fiestas en honor de *Júpiter*, *Juno* y *Minerva*.

En octubre los juegos de *Augusto* y una fiesta en honor del dios *Fauno*.

En noviembre el *Espolum Jovis*, festín de *Júpiter*, y el día 27 se celebraban fiestas sagradas en memoria de los griegos y los romanos que se distinguieron durante la guerra púnica.

Finalmente, en el mes de diciembre tenían lugar las *Saturnales*, tiempo de reposo y expansión para los esclavos.

Calígula señaló cinco días para la duración de dichas fiestas.

Los romanos celebraban, además, los juegos *Seculares*, que se renovaban cada cien años, y las ferias latinas, que no tenían días fijos.

El emperador Claudio redujo tan inmenso número de fiestas y juegos, y Adriano dispuso que los festejos universalmente celebrados no pasasen de treinta y cinco.

Por estos breves apuntes podrán convencerse nuestros lectores de que los antiguos romanos eran extraordinariamente predispuestos á la broma, y que por cualquier pretexto abandonaban el trabajo para entregarse á la más desenfrenada *orgia*.

JUAN GUAU Y DURÁN





NUESTROS GRABADOS

NIÑOS DE ALGUNOS PAISES POCO CONOCIDOS

AUNQUE en este capítulo no tendremos espacio suficiente para extendernos en detalles sobre la educación y diversiones de los niños salvajes de ambos sexos, daremos, no obstante, algunos pormenores de interés.

Hemos hablado ya de los niños de muchas naciones, y se ha visto cómo se alimentan, visten y educan los de los países más civilizados; pero aun no hemos dicho nada sobre los pequeños esquimales, los indios, algunos africanos y otros; de modo que en el presente artículo vamos á reseñar brevemente algunas de las más importantes particularidades sobre los niños de las naciones y tribus menos civilizadas, comenzando por los esquimales.

En primer lugar daremos á conocer algunos hechos curiosos sobre los indios esquimales que habitan en Alaska, país situado en el extremo noroeste de la América del Norte. Después diremos cuáles son sus diversiones. Pero antes conviene describir varios de sus caracteres, más ó menos marcados en los indios de todas las tribus.

La mujer india quiere mucho á su niño; pero en tiempos de escasez, cuando la tribu no puede adquirir alimento suficiente, la madre comete una crueldad: si no puede dar de comer á su niño, le mata exponiéndolo al frío; y como éste es intenso, sucumbe irremisiblemente. Se le llena la boca de yerba para impedir que llore, y abandónase al pobre niño en medio de la helada de la noche, con la seguridad de encontrarle cadáver al día siguiente. La madre cree que esto es muy justo, porque el niño moriría de todos modos de hambre.

Si le llenan la boca de yerba para que no grite, es porque los indios creen que oirán sus gemidos después de muerto. Algunas veces un extranjero encuentra la criatura abandonada y la adopta, en cuyo caso pertenece á su bienhechor toda la vida y llega á ser prácticamente un criado.

No obstante, á pesar de esa aparente crueldad, los viajeros por esas latitudes nos dicen que las madres aman verdaderamente á sus hijos, á los cuales cuidan con la mayor solicitud. Los niños de ambos sexos deben estar separa-

dos después de cumplir diez años, y á ningún muchacho se le permite la sociedad de una joven hasta que ha matado un ciervo ó dado otras pruebas de valor.

Cuando el tiempo lo permite, los hombres van á cazar durante el invierno á la luz de la aurora boreal, que es muy brillante. Al fin aparece el sol y el hielo se rompe: entonces el niño groenlandés puede salir, llevándole su madre áuestas, ó se le pone en un pequeño trineo y se le alimenta con peces helados. Cuando es mayor se le enseña á coger aves y colocar trampas, á manejar una canoa construída con pieles, y á lanzar el harpón contra las ballenas y otros cetáceos. Esta práctica continúa durante algunos años, y el muchacho aprende así á conducir bien un trineo tirado por perros, lo cual es verdaderamente difícil, aunque no parezca así, porque aquellos animales son á veces muy rebeldes.

El muchacho esquimal satisface su mayor ambición cuando puede matar un oso, y entonces la tribu le considera como un hombre. En cuanto á las niñas, no les falta qué hacer. Ciertó que no tienen escuelas ni días de fiesta, pero aprenden todo cuanto es posible para ayudar á sus padres, pues en Groenlandia nadie puede estar ocioso.

Pasemos ahora al niño indio.

Los que son hijos de la América del Norte se colocan en una cuna construída con mucho esmero por la madre, que procura adornarla cuanto es posible. No todas las tribus indias construyen sus cunas de igual manera; pero el ejemplo de una puede aceptarse como tipo de todas, desde la América rusa hasta Méjico por la parte del Sud.

Cualquier extranjero que la viese, sobre todo cuando el niño está suspendido en ella, apenas sospecharía lo que es. Imagínese un envoltorio largo y plano, en una de cuyas extremidades sobresale la cabeza de la criatura, y se podrá formar idea de la cuna del niño indio. Es costumbre echarle sobre una tabla y sujetarlo á ella; pero no ha de creerse que es una tabla desnuda, pues la madre india quiere á su hijo tanto como una europea. La tabla se reviste de pieles muy suaves y se ata á la criatura de modo que no sufra daño alguno.

Cuando el indígena no puede encontrar pieles mejores, conténtase con las de ciervo ó con una esterilla de corteza, que sirve para revestir la cuna, poniendo en ella, por vía de colchón, yerba muy blanda ó musgo, ó trapos algunas veces.

Tal vez se crea que el niño indio está muy incómodo; pero no es así, pues hemos oído asegurar que con frecuencia llora para volver á su cuna, aunque se le sujeta en ella de tal modo que no puede mover sino la cabeza. Algunas veces se cuelgan las cunas en los troncos de los árboles mientras la madre se ausenta, y no es raro encontrar á las criaturas profundamente dormidas.

De este modo la madre india, que generalmente tiene mucho que hacer, puede entregarse libremente á todas sus ocupaciones sin temer nada por su niño. A este último se le permite revolcarse en la yerba si es bueno; pero si

llora se le sujeta otra vez, y pronto aprende á permanecer quieto. Se le da el alimento cuando lo necesita, y después se le deja en un rincón para que descanse, procediéndose con él como si fuera un bastón ó un paraguas.

Cuando el niño se desarrolla al fin, á pesar del tratamiento que sufre, y y llega á ser un muchacho fuerte y robusto, ó una niña, en la mayoría de casos suele ser atacado del sarampión ó de alguna de las enfermedades propias de los niños, y entonces la pobre madre experimenta mucha inquietud y envía á buscar, no al médico, porque en el país no los hay, si no una especie de mágico que debe ahuyentar los malos espíritus, porque se cree que á ellos es debida la enfermedad; de modo que para la criatura india no hay más remedio que morir ó curarse por sí sola.

Las pobres madres no saben hacer otra cosa en medio de su ignorancia. Quieren mucho á sus niños y harían cualquier cosa por conservarlos; pero el encantador es la única persona que, á su juicio, podrá salvar sus vidas. No conocen un Dios, como nosotros; y, aunque á veces rinden culto al Grande Espíritu, no saben que el Todopoderoso es quien envía ó quien cura la enfermedad.

Llega á la casa el mágico, y, á menos que la naturaleza domine el mal, la pobre criatura muere sin remedio. El encantador comienza á gritar, quema yerbas y maderas delante del niño, y con esto le aturde y mortifica. Si después de semejante tratamiento el paciente sobrevive, es probable que en lo sucesivo lo resista todo; pero con más frecuencia sucumbe, y los padres quedan muy persuadidos de haber hecho cuanto era posible.

Bien viva el niño ó no, el titulado *doctor* es objeto de elogios y se le recompensa por haber atacado y vencido al demonio malo en un caso, ó por su valor para acercarse á él si el paciente muere. Bajo tales circunstancias nada de extraño tiene que los niños indios de ambos sexos se críen fuertes y puedan resistir toda clase de trabajos, lo cual es una fortuna, porque la consunción y la viruela son aquí enfermedades muy destructoras.

Entre los indios es costumbre que la mujer trabaje y que el hombre se ocu-



Madres é hijos pieles rojas

pe solamente en la guerra, en la pesca, en la caza y en embriagarse, sin que deba esperarse otra cosa de él.

El muchacho indio queda abandonado muy pronto á sí propio y hace lo que se le antoja. Desde el día en que abandona la falda de su madre se vuelve salvaje: obra siempre según su voluntad; va y viene cuando le parece bien; y como apenas usa ropa, la madre no ha de tener cuidado alguno de que se le eche á perder. El niño indio es tan libre como el ave y tan adusto como el padre que le dió el ser.

Pero el calificativo *adusto* no es propio: más bien deberíamos decir que es un desvergonzado y que no conoce el respeto á sus mayores, aunque sean parientes. En vez de castigársele se le aplaude, nadie tiene autoridad sobre él, sigue sus propios impulsos, y, naturalmente, llega á ser un hombre guerrero, altivo é indomable. Así serían los niños de otras naciones, pero la civilización y la educación les obliga á seguir otro camino.

El joven indio nada en los lagos, desafiase con otros á la carrera, ocúpase en amaestrar perros, pesca, y prepara su propio alimento. Excepto las horas en que duerme, siempre está comiendo. Sus armas principales son el arco y la flecha, y sobre todo la lanza. En su niñez no ha conocido los juguetes, como no sea una pelota ó la cometa.

Sus instintos son destructores: matar aves, robar sus nidos, perseguir á varios animales en el bosque, ó hacer daño de cualquier otro modo, son sus principales ocupaciones. Sin embargo, á pesar de su falta de educación, adquiere una experiencia que le es útil en la vida. Para él no hay más libros que los torrentes y las piedras, y también los senderos del bosque; sabe guiarse por las estrellas; conoce por la vuelta de una hoja la dirección que un animal ha tomado, y hasta podría decir de qué especie era. Aunque se baña con mucha frecuencia, siempre está sucio, y el aceite y la grasa llegan á ser como una parte integrante de su piel.

La niña india se educa de otro modo. Apenas puede correr, se le pone una sencilla falda y ayuda á su madre á traer y llevar agua. Cuando llega á cierta edad, sus trabajos continúan, y tiene muy poco tiempo para jugar. Dedicase á las labores de mano y cose las pieles de los animales que los hombres matan; busca raíces y frutas silvestres; y, en una palabra, nunca está ociosa. Seguramente nadie en el mundo hay que trabaje más que la mujer india, y su hija debe ayudarla siempre.

Algún día la niña será ya una mujer robusta, y entonces puede ser que algún guerrero de la tribu á que pertenece, ó de otra cualquiera, se presente á comprársela á los padres, en cuyo caso deberá separarse de la madre, aprender á construir una cuna, y prepararse para todo lo que ha de hacer cuando tenga hijos.

(Se continuará)

JUANITO Y RAFAELA

NOVELA FRANCESA ARREGLADA AL CASTELLANO

Los señores de Quintana eran propietarios de una lindísima casa, rodeada de jardines, cerca del barrio de Pozas. La renta de que disfrutaban les había permitido hacer tan agradable como cómoda aquella habitación. Con todo, D. Cipriano no paraba mucho allí: un destino de treinta mil reales le obligaba á pasar casi todo el día en la estación del ferrocarril del Norte, en el cual tenía colocada la mayor parte de su capital.

D.^a Emilia, que no llegaba aún á los treinta años, llevaba bastante bien aquel aislamiento en que le dejaba el destino de su esposo, puesto que hacía diez años que gozaba de la dicha de ser madre y había reconcentrado en su hijo todas las alegrías de este mundo. Aquel niño, al que había criado por sí misma, acababa de cumplir los siete años, sin que nunca, de día ni de noche, le hubiese dejado sin pesar, aunque fuera por un minuto: tanto idolatraba en él; y menester fué, por lo tanto, que tuviese la mayor confianza en el buen criterio de su marido para que consintiera en separarse de Juanito poniéndole en un colegio. Verdad es que no se hizo eso sin haber mediado vivas discusiones entre los esposos; pero D. Cipriano, que había sido colegial también y después alumno de la Escuela de Caminos, persuadido de que debía á los difíciles estudios que había hecho su posición social y su fortuna, era uno de los más obstinados partidarios de la educación pública. Vióse, pues, D.^a Emilia obligada á ceder, y el niño, así que tuvo siete años, fué enviado á un colegio como interno.

Nada bastaría á pintar la tristeza que ocasionó á la desgraciada madre aquella separación; y si tenía ánimos bastantes para no derramar lágrimas durante el tiempo que D. Cipriano permanecía en casa para comer, no por eso había dejado de desaparecer el mayor encanto de su vida.

Hay que decir ahora que muy pocos niños podían compararse á aquel cuya ausencia soportaba con tanta pena D.^a Emilia. Juanito reunía á la más encantadora fisonomía el carácter más amable. Era afable, agudo, y la bondad de su corazón se mostraba á cada instante. Amaba tan tiernamente á su madre que el deseo de ir á pasar en su casa los domingos bastaba para hacer de él el mejor alumno de la clase. No solamente se distinguía en sus estudios, sino que su comportamiento era excelente: tanto temía verse privado de un día de salida.

Ya se adivinará que D.^a Emilia no se daba por contenta con esperar á su hijo el domingo. Aunque el colegio estuviese muy lejos de su barrio, iba allí tres veces por semana (no atreviéndose á ir todos los días) para pasar media hora en el locutorio con su adorado Juanito, después de lo cual volvía á casa creyéndose menos desgraciada y contando las horas que faltaban hasta la temporada de vacaciones.

Por el amor apasionado de D.^a Emilia hacia su hijo podría colegirse que aquel niño idolatrado era hijo único; pero no sucedía así, sin embargo, pues Juanito tenía una hermana nacida tres años después que él. D.^a Emilia no había podido criar á aquel segundo fruto de bendición como había criado al primero. La chiquilla era muy enclenque, y los médicos aconsejaron se le buscase un ama fuera de Madrid. Una tía de D.^a Emilia, que habitaba en una quinta cerca de Zaragoza, se encargó con la mayor alegría de tener en su



Familia indígena de la Guayana

casa á Rafaelita y hacerla criar por una robusta labradora. Aquella señora, que se llamaba D.^a Encarnación Martínez, cobró luego tanto cariño á la criatura de que cuidaba, que propuso instituirle en su testamento por única heredera si los padres consentían en dejársela hasta que tuviese quince años.

D. Cipriano creyó deber aceptar una oferta tan ventajosa para su hija; y como D.^a Emilia no opuso el menor reparo á ello, Rafaelita fué, por decirlo así, como hija de D.^a Encarnación, tanto más en cuanto su padre falleció al cumplir la niña los tres años.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Tabor: ^{Arca de San Bernardo,} 38, principal. MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipografico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA